

En el año 93 llegó á su colmo el despotismo receloso y sanguinario de Domiciano con motivo de la sublevación del legado de la Germania Alta, L. Antonio Saturnino, que se jactaba de descender del antiguo triunviro Marco Antonio y de los tribunos del año 100 antes de nuestra era. Este hombre, á quien el emperador había ofendido profundamente, se rebeló contra él, pero como á la sazón disponía solamente de dos legiones, por haber sido las otras fuerzas enviadas al Bajo Danubio, hizo un pacto con los catos. Al saberlo Domiciano dió á las legiones de España y de la Panonia la orden de marchar contra el rebelde, mientras él reunía otro ejército con el mismo fin; pero antes de ponerse en marcha llegó al Rhin el gobernador general de Panonia L. Apio Máximo Norbano, que atacó al general rebelde y le derrotó completamente antes que los catos pudiesen auxiliarle, á causa de impedirse el deshielo del Rhin. Antonio murió en la pelea y la sublevación quedó sofocada.

Domiciano hizo exponer públicamente en Roma la cabeza de Antonio y empezó entonces una serie de procesos y de ejecuciones capitales de sospechosos. Peor si cabe fué el terror que sembraron los delatores, los cuales entregaron al siniestro tirano todas las víctimas que quiso, entre los hombres mas notables y distinguidos, porque bastaba para caer en el desagrado imperial la mas leve sospecha y la mas pequeña señal de opinion independiente. Domiciano se había vuelto una fiera, porque se recreaba en los tormentos que precedían á las ejecuciones y se complacía en tratar á las víctimas lo mismo que al Senado con glacial y diabólico sarcasmo. De día en día se hacia mas inaccesible, de modo que en su palacio no había camarilla, ni privado, ni favorito que gobernase; los hombres á quienes consultaba, como el liberto Flavio Urso ya mencionado, no tenían ya ninguna influencia sobre su ánimo ni para el bien ni para el mal, y los mismos instrumentos de su despotismo no estaban seguros de él.

Puede decirse que Domiciano había llegado á realizar de veras el gobierno personal en el dilatadísimo imperio romano.

Como en otros reinados despóticos, la suerte de las provincias durante el reinado de Domiciano fué mas llevadera que la de la capital, si bien fiscalizaba este emperador escrupulosamente la conducta de sus gobernadores generales. Así fué que no cayó por una sublevación en provincias, sino como Calígula, á manos de las personas que le rodeaban. Domiciano había cometido la infamia de hacer ejecutar al liberto Epafrodito, que conmovido por las súplicas de su amo Neron, presa de la desesperación, le había ayudado á suicidarse; porque «nadie, segun decia, debía poner jamás las manos en la persona sagrada del soberano.» Esta y otras atrocidades de Domiciano quitaron á las personas que mas á su inmediación estaban toda confianza y seguridad, y una situación tan insostenible engendró entre el personal de palacio una conspiración sancionada por la misma emperatriz Domicia, los dos prefectos de la guardia imperial y otras personas de elevada posición. Parece que el emperador tuvo un aviso misterioso de un gran peligro que le amenazaba, pero por mas precauciones que tomó, no le salvaron; el día 18 de setiembre del año 96, uno de los conjurados, el mayordomo de palacio Estéfano, en una audiencia que obtuvo le hundió el puñal en un costado. El emperador, arrojando sangre, se defendió, pero uno de sus gladiadores le remató. Los soldados de la guardia de palacio llegaron tarde para salvarle, aunque á tiempo de acuchillar á Estéfano.

Los altos personajes iniciados en la conspiración no se descuidaron, como en su tiempo los asesinos de Cayo, en

presentar en el momento decisivo un sucesor. Había costado mucho encontrar esta vez una persona idónea que se prestara, en vida de Domiciano, á aceptar un puesto tan peligroso; pero al fin se encontró un senador de bastante edad que tenía mas motivo que nadie para temerle todo de Domiciano si este llegaba á descubrir el complot. Este hombre era M. Cocceyo Nerva, miembro de una familia célebre de jurisconsultos de aquel siglo. Contaba Nerva á la muerte de Domiciano 64 años; había sido cónsul en los años 71 y 90, y era persona práctica en la administración, de carácter tolerante y bondadoso y muy á propósito para inaugurar un período feliz para Roma. No vivió bastante tiempo para realizar esta esperanza, pero la preparó. No le fué fácil hacerse aceptar por todo el mundo. El pueblo de la capital recibió la noticia de la muerte de Domiciano con indiferencia. El Senado, que reconoció á Nerva de buen grado, manifestó su odio al emperador difunto en una serie de disposiciones encaminadas á deshonrar su memoria. La tropa, sin embargo, se manifestó indignada, y costó trabajo calmarla, porque no se la había consultado para nada ni dado inter-



Nerva. Moneda de oro con la inscripción:
IMP. NERVA CAES. AVG. P. M. TR. P. COS. III P. P.

vención en la elección y proclamación del nuevo emperador. Este mal espíritu, que reinaba principalmente en la guardia imperial, fué causa después de gravísimos conflictos.

Los despilfarros y prodigalidades de Domiciano, que en esto no había seguido el sistema de Tiberio, por él tan admirado, habían gravado mucho al tesoro, especialmente el aumento del sueldo de la tropa y en parte también las concesiones hechas á Decéballo; de suerte que costó mucho trabajo introducir un orden tolerable en la hacienda. Sin embargo, la venta de los bienes de Domiciano produjo grandes sumas, y por otra parte se logró hacer comprender á las masas la necesidad de reducir, para hacer economías, las grandes diversiones públicas del circo. El bien mas inmediatamente sentido que hizo Nerva á la sociedad romana consistió en su generoso afán de curar las heridas que la feroz tiranía de Domiciano había causado. Sobreseyó los procesos políticos pendientes, anuló las sentencias de destierro y de expulsión, restituyó los bienes confiscados, y adoptó otras disposiciones conciliadoras análogas, con las cuales inauguró la marcha de su gobierno.

Una gran dificultad creó al nuevo gobierno imperial el furor reconcentrado que existía en la clase senatorial contra los denunciadores oficiales; pero mucho mayor todavía fué el odio que todas las clases altas alimentaban contra los delatores y acusadores voluntarios y los instrumentos que ejecutaban las sangrientas órdenes de Domiciano. Estos seres viles abundaban en todas las clases de la sociedad, y el furor que se levantó contra ellos, excedió todos los límites. Ase-diado por todos lados, Nerva supo sin embargo salir airoso de tan comprometida situación. Tenía demasiado talento para ceder á las pasiones sobrecitadas, y las calmó y contuvo con medidas prudentísimas, limitándose en cuanto á actos gubernativos á prohibir la admisión de los esclavos como testigos contra sus amos, y la de los libertos contra sus patronos; al mismo tiempo renovó el edicto de Tito contra los acusadores falsos, con un aumento de penalidades para los

culpables, y dió al Senado, para el cual tuvo todas las consideraciones y el respeto que tan alta corporación se merecía, todas las seguridades apetecibles de que durante su reinado ninguno de sus individuos sería juzgado por otro tribunal que no fuese el del mismo Senado. Esta gran lealtad y condescendencia para con la aristocracia tuvo también un grandísimo inconveniente que no tardó en manifestarse. Los gobernadores generales, viéndose ya libres de las arbitrariedades, de la vigilancia y espionaje con sus tristes resultados, volvieron á recaer en sus antiguos defectos.

También conservó Nerva, á pesar de todas las reclamaciones en contrario, las disposiciones útiles y juiciosas de su predecesor y pensó en adoptar otras nuevas y benéficas; pero la realización completa de estas quedó á cargo de su gran sucesor. El reinado de Nerva fué por desgracia muy corto. No hay que decir que también se conspiró contra él; el autor de la conspiración fué el necio pretendiente Calpurnio Craso, á quien el emperador se contentó con desterrar á Tarento. Mas grave fué el peligro en que le puso la guardia imperial, amotinada por su propio general Casperio Eliano, en octubre del año 97, con el pretexto de las economías que el emperador se veía en la necesidad de hacer. Los pretorianos rodearon tumultuosamente el palacio, pidiendo la muerte de los asesinos de Domiciano, á lo cual se opuso varonilmente el emperador, á pesar de su debilidad física; pero no pudo impedir que la soldadesca matase ante sus propios ojos á cuantos pudo haber á las manos de aquellos que habían tenido parte en la muerte de su predecesor; y por último tuvo que ceder á la presión del brutal prefecto y obtener del Senado el perdón de los excesos cometidos.

Indignado de esta humillación y decidido á no pasar por la suerte de Galba sin probar todos los medios de resistencia, resolvió agregar al imperio un general distinguido y capaz á título de hijo adoptivo y co-gobernante, que vengara en caso desgraciado su muerte y que fuese entretanto para él un sólido auxiliar y apoyo y para el imperio una esperanza. Tuvo la suerte y el feliz acierto (quizás con la cooperación de uno de los hombres mas distinguidos, L. Licinio Sura) de elegir la persona mas apta para cumplir su designio. Esta persona era Trajano, á la sazón ausente de Roma, como gobernador general que era de la cuenca del Rhin. No obstante su ausencia, á fines de octubre del año 97 Nerva le proclamó en el foro, ante el pueblo reunido, hijo adoptivo suyo y colega en el imperio.

Si con Vespasiano había subido al solio imperial una familia plebeya, con la adopción de Trajano se abrieron las puertas del poder por primera vez á una familia provinciana aunque de origen italiano, porque Marco Ulpio Trajano había nacido de padres españoles el 18 de setiembre del año 53 en Itálica, en la provincia Bética. Su padre, del mismo nombre, había ido á Roma en tiempo de Neron y desempeñado altos empleos civiles y militares, y como jefe legionario se había distinguido en la guerra de Palestina. En el año 79 había sido nombrado procónsul en Asia y murió antes del año 100. Su hijo hizo la carrera militar bajo su dirección, y durante diez años estuvo al frente de una legión en diferentes provincias y muy especialmente en Levante y en la cuenca del Rhin. Militar instruido y perito, tenía también un gran talento administrativo, una salud de hierro y un cuerpo acostumbrado á todos los climas, intemperies y privaciones. En el año 85 fué pretor, y después en 91 gobernador general de la España Tarraconense, y en el año 93 pasó con igual cargo á la Germania Alta, donde recibió por carta autógrafa del mismo Nerva la noticia de su adopción, confirmada por el Senado.

Tan grande era la fama de Trajano en el ejército, que

apenas fué proclamado por Nerva hijo adoptivo y colega, la guardia imperial volvió á la obediencia y cesaron los tumultos; de suerte que Trajano pudo continuar en su puesto bastante tiempo y dejar las fronteras del Rhin perfectamente aseguradas después de haber escarmentado duramente á los partidarios de Casperio Eliano y á las tribus germánicas excitadas por ellos contra Roma. Hallábase Trajano en Colonia, ocupado como hemos dicho, cuando su primo Adriano, jefe de la legión XXII, acantonada en la Alta Germania, dejando el mando de esta legión á su cuñado L. Julio Urso Serviano, fué á llevar al nuevo emperador la noticia del fallecimiento de Nerva, ocurrido en 27 de enero del año 98. Ni esta noticia fué bastante para que Trajano interrumpiera sus obras de defensa de la frontera, antes bien continuó la fortificación del nuevo límite trazado por Domiciano. En estos trabajos



Trajano (Roma, Capitolio)

entró también el ensanche de la plaza celta llamada Lupoduno (hoy Ladenburgo), y que al recibir posteriormente el fuero municipal romano fué llamada *Civitas Ulpia*; luego fundó un campamento permanente para las legiones I Adjutrix y XI Claudia, junto á los baños termales de Aqua Aurelia (hoy Baden-Baden), que muy pronto adquirieron grandísima fama en la alta sociedad romana; y finalmente fundó en el Bajo Rhin, en lugar de Castra Vetera, destruida por Civilis, una fortaleza nueva y mucho mas sólida. Esta nueva fortaleza fué guarnecida con la legión XXX, llamada Victrix, expresamente creada con este objeto por Trajano. Cuando después se ensanchó esta posición militar, fué llamada Colonia Trajana, y su castillo quedó situado á una milla mas abajo de las ruinas de Vetera, al Norte del actual Xanten, á los dos lados del camino de Cléveris. En el invierno del 98 al 99 emprendió Trajano un gran viaje de reconocimiento hasta el Danubio á fin de fijar bien la nueva línea defensiva, y en el otoño de este último año pasó desde la Panonia á Roma, donde todos tenían deseos de verle y victorearle. Hizo su entrada en la capital á pié y sin pompa deslumbradora; y sin embargo entusiasmaron á los romanos su sencillez unida á la gravedad digna, sus modales finos y nobles, la expresión de energía tranquila y de la conciencia de su fuerza que se reflejaba en su fisonomía; finalmente toda su persona, de gran estatura, robusta é imponente.

Difícilmente podrían haber deseado los romanos de provincias un representante mejor bajo todos los conceptos en la capital y en el trono de los césares. Lo mismo podía decirse de las mujeres de la nueva corte, porque Marciana y Pompeya Plotina, la primera hermana y la última esposa de Trajano, eran la honra de su sexo y muy diferentes de la mayoría de aquellas nobles damas romanas que durante tres generaciones habían convertido el palacio imperial en teatro de sus crueldades y disoluciones.

El Senado y el pueblo no tardaron en conocer que podían felicitarse de la elección de Nerva. Sabían que Trajano era un buen soldado y excelente oficial, cualidades importantísimas principalmente desde la muerte de Galba á causa del



Estatua del emperador Trajano (Nápoles)

espíritu de las legiones; pero la satisfacción creció de punto cuando se vió que el nuevo emperador era también un general eminente, un gran capitán, y más todavía que esto, un gran gobernante y hombre de Estado. Aunque sus inclinaciones eran principalmente militares, y aunque no tenía una instrucción profunda, no le faltaba talento para apreciar en lo que valen las ciencias y la literatura superior; le gustaba más que ninguna otra la sociedad de personas bien educadas y si podía ser literatas, y su carácter era por sí eminentemente sociable. Por lo demás, la gran ventaja para el imperio era haber encontrado en Trajano un jefe que reunía á su bondad elevada una rectitud incorruptible y una comprensión clara de las necesidades de Italia y de las provincias; que tomaba interés especial en la marcha perfecta de la buena administración y que tenía perspicacia, tacto práctico y mano feliz en todo cuanto emprendía. Sus contemporáneos alababan sobre todo su administración de hacienda, si bien tampoco logró mejorar la ley de las monedas de oro más allá del tipo de Neron, á saber, 74 gramos, tipo que conservaron sus dos sucesores inmediatos. La plata recibió una aleación de 15 por ciento, de modo que el valor de la plata de un denario bajó á 35 céntimos de peseta. No obstante, tan

grande era entonces todavía la riqueza productiva del imperio que Trajano consiguió con su bien entendida economía dominar los peores males de la administración domiciana. Personalmente modesto y sencillo, ajeno á todo espíritu de rapiña, sin necesidades costosas, vendió los bienes de su predecesor, suprimió desde luego varios impuestos onerosos y rebajó el que gravitaba sobre la transmisión de herencias. Sin necesidad de presiones de parte de la hacienda y sin echar mano de recursos viles como los usados antes, pudo sufragar en su reinado las guerras onerosas de la Dacia y la Partia y atender á muchísimas construcciones de toda clase, si bien debe decirse, como veremos luego, que las guerras de Dacia le facilitaron recursos enteramente nuevos y abundantes.

* Es natural que desde un principio llamase la atención de Trajano la triste herencia que la torpeza de Domiciano había dejado al imperio en el Bajo Danubio; pero antes de poner mano en su mejora era indispensable robustecer su posición en Roma, asegurándose particularmente el apoyo del Senado y del pueblo. Esto, con su carácter amabilísimo, no le costó mucho, y por otro lado, aunque era grande el abismo que Domiciano había abierto con sus persecuciones feroces entre el Senado y el trono, había disminuido mucho la oposición sistemática y de principios entre los dos poderes. Todo el mundo se había ido acostumbrando á mirar la autoridad imperial como la preeminente, y esta costumbre se había generalizado de tal suerte que bastaba que un hombre leal empuñara el cetro y deseara restablecer la armonía entre los poderes supremos del Estado para que esta resultara un hecho. Para granjearse la amistad y el apoyo del Senado bastaba que el emperador deseara formal y seriamente conciliar la libertad con la autoridad, sobreponer la ley á la arbitrariedad, y Trajano era el hombre dispuesto para ello, tanto por sus principios rectos y benévolos como por su carácter y natural franco, abierto y afable. La diferencia entre el difunto tirano, adusto, con sus pretensiones de divinidad y su corazón frío, y Trajano, el militar franco y leal, educado en los campamentos, era inmensa. Trajano, sabiendo desempeñar muy bien el papel de emperador cuando las circunstancias, tradiciones y costumbres lo reclamaban, se complacía en todas las demás ocasiones en tratar á los senadores con la sencillez del amigo. Sin ser hipócrita ni astuto, comprendió que procediendo así seguía la mejor política, máxime cuando era el primer provinciano que ocupaba el puesto de jefe del imperio, como Vespasiano había sido el primer plebeyo y Augusto el primero que había abierto la serie de emperadores, por cuya razón él y Vespasiano habían dado el ejemplo de guardar toda clase de atenciones y consideraciones al Senado. Trajano se apresuró al principio de su reinado á dar como Nerva las debidas seguridades de respeto, y todos los miembros de aquel supremo consejo quedaron contentos, menos uno. Este fué Calpurnio Craso, que ya había conspirado contra Nerva y volvió á conspirar contra Trajano; pero esta vez lo pasó peor que la primera, porque los demás senadores decretaron su muerte. Acabó Trajano de ganarse las simpatías de los senadores y de sus amigos con el restablecimiento completo de la libertad en las discusiones del Senado, con el respeto absoluto á la ley y con la severidad inexorable con que los delatores oficiales más comprometidos del tiempo de Domiciano fueron deportados á solitarios islotes del mar Egeo.

Ganó también la simpatía del pueblo proporcionándole beneficios positivos y dándole diversiones, sin las cuales la popularidad era imposible en aquella época y en aquella sociedad. Entre los beneficios positivos contamos las muchas leyes que promulgó, ya por medio de edictos y reglamentos

imperiales, ya de acuerdo con el Senado y siempre recomendadas y propuestas por juristas eminentes, para completar, perfeccionar y humanizar el derecho y la justicia. Con el mismo objeto prohibió las funestas acusaciones de lesa majestad y creó un tribunal especial para las causas relacionadas con el fisco, á fin de juzgarlas con entera independencia y sin consideración al emperador, escuchando solo la voz de la justicia y de la equidad. Grande fué también su solicitud por el abundante y puntual abastecimiento de la capital, y no menor la que empleó para que no faltasen las diversiones tradicionales aunque groseras del pueblo, ofreciéndole con sus espectáculos sangrientos y favoritos, que en el reinado de Trajano tomaron un desarrollo extraordinario, los acostumbrados donativos y otros gajes. A todo esto se agregaron el excelente efecto que producía su persona, su carácter bondadoso y noble, su afabilidad, la facilidad con que se podía llegar á él, y finalmente nuevos laureles militares.

Lo que á nosotros hoy nos hace más simpática todavía la figura de Trajano, y lo que prueba que en su época la humanidad entró en un nuevo período de su historia, empezando por las altas clases de la sociedad romana y allanando el camino al cristianismo, fué la realización de un proyecto de Nerva, á saber, un gran sistema general de proveer á la alimentación de los niños de padres pobres pero libres de Italia. No disminuye en nuestra opinión el mérito de esta empresa, que continuaron sus sucesores hasta Pétinax, el hecho de que su objeto inmediato fuera ante todo político, si bien patriótico. En efecto, tendía á oponer un dique á la espantosa disminución de la clase media libre en Italia, pues á pesar de todas las colonias que los últimos emperadores habían fundado con el mismo objeto en la península, la continua emigración ó traslación de familias italianas libres á otras provincias del imperio, las guerras civiles y la creciente aversión al matrimonio que por todas estas causas se había apoderado principalmente de la clase media, habían mermado rápidamente la población libre é independiente en la península apenínica. Para contrarrestar este mal estableció Trajano el gran sistema de socorro oficial á las familias pobres y libres para sus hijos menores, con cuya medida intentaba aumentar el número de matrimonios legítimos. No se sabe si creó para esto una administración central en Roma, pero está fuera de duda que en varias comarcas y ciudades de Italia había funcionarios públicos encargados de este ramo. En la capital misma el emperador hizo inscribir á 5,000 niños en la lista de los que recibían donativo de trigo, y en las demás ciudades grandes y pequeñas estableció fondos del tesoro imperial asegurados con hipotecas de bienes comunes y de particulares, con cuyos intereses se daban mensualmente socorros en trigo ó en dinero á un número considerable de niños, en su mayor parte hijos legítimos, hasta la edad de 18 años, y también niñas hasta la edad de 14, si bien en número mucho menor. Estos socorros ó pensiones eran entregados á los padres ó tutores, y los niños al ser admitidos en las listas se inscribían al mismo tiempo en una de las tribus romanas. El interés que pagaban los propietarios por los fondos que el fisco les prestaba con el objeto citado era proporcionalmente muy bajo, procurándose al propio tiempo que el valor de las fincas excediera mucho al del préstamo. No se sabe ni la extensión de esta institución ni la suma que Trajano dedicó á ella de su propio peculio, pero se sabe que en su mismo reinado imitaron muchos particulares opulentos y generosos su ejemplo, entre otros su célebre amigo Plinio, sobrino del almirante del mismo nombre, que fundó una institución análoga para hijos de familias libres de la ciudad de Como,

quizás á consecuencia ya de sus conversaciones con Nerva. También se sabe de una dama rica, Celia Macrina, que vivía en Terracina, y que dió un millón de sestercios (271,900 pesetas) para invertir sus intereses en esta clase de socorros. Los sucesores de Trajano continuaron y ampliaron esta institución, que conocemos principalmente por una gran inscripción de la época comprendida entre los años 103 y 114 de nuestra era, la cual se encontró en el año 1747 en las ruinas de la pequeña población de Veleya, cerca de la actual Montepolo y no lejos de Placencia.

Los fondos destinados á este objeto, aunque tuvieran la hipoteca de bienes comunales, no eran prestados al municipio, sino á los propietarios establecidos en la localidad. Los intereses de estos fondos pertenecían al fisco, es decir, al emperador, y se entregaban á la *Caja imperial de alimentación* establecida en cada pueblo y administrada por el municipio pero independientemente de la caja municipal. Para la mejor administración, dividió el emperador la Italia en distritos alimenticios, arreglados en cuanto era dable á la red de carreteras que cubría la Italia, para encargar la dirección de



Plotina, esposa de Trajano. Moneda de oro con la inscripción: PLOTINA AVGVSTA IMP(eratoris) TRAIANI (uxor)

las cajas de cada distrito á los inspectores de las calzadas del mismo territorio, los cuales dependían directamente del emperador, como director general de las grandes vías de comunicación. Había funcionarios de esta clase en los distritos de las vías Claudia, Flaminia, Emilia, Salaria, Tiburtina, Valeria y Apia; y en los que no estaban atravesados por calzadas imperiales, como los de Histria, Liburnia, el país al otro lado del Po, los de Apulia, Calabria, Lucania y el Abruzo, estaba encargada la dirección central de las cajas á procuradores de la clase de caballeros.

No descuidó tampoco el emperador las provincias, cuyo bienestar fomentó con no menos solicitud que el de Italia, como veremos más adelante. Estas glorias pacíficas no menos que las militares, que la suerte adversa había negado al emperador Augusto, hicieron que los contemporáneos de Trajano le perdonasen sus defectos y vicios, entre los cuales no fué el peor su afición, á menudo excesiva, al vino, sino la que tenía, como otros hombres distinguidos del mundo antiguo, á los adolescentes bellos.

Las glorias militares de Trajano se cifran principalmente en la realización de dos conquistas que se había propuesto Augusto y que la muerte le impidió emprender: la de la Dacia, ó mejor dicho, de todo el país del Medio y Bajo Danubio, y la de la Partia, á la cual agregó la de la Arabia.

La política romana, que no podía tolerar, como ya hemos dicho, la formación de ningún imperio fuerte y centralizado en sus fronteras, ni menos uno fundado por un hombre tan temible como Decébalos cabalmente en la parte más débil de la frontera danubiana, exigía perentoriamente el aniquilamiento completo de este nuevo reino, que desde los tiempos de César, y mucho más desde la vergonzosa paz hecha por Domiciano, tenía á los romanos constantemente en alarma, ya por las depredaciones de los pueblos dacios, ya por la necesidad de restablecer en aquella parte la fama de invencibles de las armas romanas, fama de la cual dependían la seguridad y la conservación del imperio. Las cosas habían